



## ÉTICA Y BIOÉTICA

Francisco Molina

Quiero remontarme a 1970, fecha en la que el oncólogo holandés, afincado en USA, Von Raelanders Potter utiliza por primera vez, según parece, el nombre de bioética. Era un médico preocupado por aplicar cuanto antes a los enfermos los descubrimientos científicos, pero se encontraba con el problema añadido de los inconvenientes que le presentaban las personas con las que debía tratar: colegas, los mismos enfermos, sus familiares, los directivos del hospital. Cada uno mostraba sus razones, sus intereses, sus preferencias. A todo este tipo de opiniones las calificó de éticas. Y, con el deseo de aunar criterios y pautas a seguir, escribió dos libros con una palabra recién inventada: “Bioética, la ciencia de la supervivencia”, y “Bioética, un puente hacia el futuro”.

¿Por qué llamó bioética a este conjunto de problemas? Por **bio**, explica él, quería aludir a la ciencia en general, y sobre todo a las ciencias que estudian la vida. Por **ética**, las valoraciones humanas que suelen aparecer al aplicarlas.

En primer lugar, no parece que a esas discusiones se las deba llamar éticas, aunque así lo hiciera Potter. Más bien, habría que llamarlas prácticas, porque se trataba de discutir las decisiones que se habían de adoptar. Me voy a referir a dos nociones, la de verdad y la de bien, para intentar explicarme mejor.

Verdad o verdades, son aquellos conocimientos que se adquieren a partir de una realidad. Así es como construimos las ciencias. Estas verdades son siempre limitadas, y por eso la ciencia debe avanzar continuamente. La realidad parece inagotable. El hombre que investiga, también.

Tradicionalmente se ha pensado que la inteligencia nutría a la voluntad de verdades para que ella eligiera la que fuera más conveniente. Pero, ¿qué

aporta la voluntad? ¿Cómo pasa una verdad a ser un bien? Un ejemplo nos puede ayudar. Una persona necesita comprarse unos zapatos. En la tienda hay decenas de zapatos, de todo tipo. Unos destacan por una características y otros por otra. Pero esa persona, guiada por su inteligencia práctica, busca zapatos fuertes para la lluvia. Por tanto, su atención se fija en los que les parecen más apropiados, hasta quedarse con unos en concreto.

¿Qué le ha llevado a elegir? El hecho de que tenía previsto un fin y buscaba el medio para conseguirlo. Esto es precisamente lo que hace que una verdad sea un bien. La verdad es especulativa, teórica, fría, indiferente, podríamos decir. Proporciona conocimiento. El bien no es una verdad, sino la realidad a la que la verdad alude. No se quiere, según el ejemplo utilizado, una idea de zapato de lluvia. La idea no preserva del agua. Se quieren unos zapatos reales para la lluvia. Este es un interés eminentemente práctico, no es teórico, aunque la teoría le informe de los zapatos reales que se pueden encontrar. Pero quiere zapatos. Las necesidades son reales y se quieren medios reales para satisfacerlas.

De este modo, me parece que queda clara la diferencia entre la ciencia de cualquier tipo y la utilización de esa ciencia para fines prácticos, en este caso médicos, para curar enfermedades. Esta segunda consideración nos introduce en un mundo distinto. ¿Más humano? En todo caso, redundantemente humano. En eso llevaba razón Potter.

Pero no al llamar éticas a las consideraciones que surgen en la práctica. ¿Por qué? Porque la ética no atiende a fines inmediatos, sino al fin último. El fin último es Dios. Dios es una realidad grandiosa que puede estudiarse desde la filosofía, como han hecho diversos filósofos a lo largo de la Historia: desde Platón y Aristóteles, hasta Descartes, Spinoza, Kant o Hegel, por ir a algunos más conocidos. La ética puede ser una ciencia, el conocimiento de cómo las acciones humanas pueden estar de acuerdo con el querer de Dios. Pero también es un comportamiento práctico: consiste en realizar las acciones inmediatas teniendo en cuenta el último fin. En este sentido, Potter se quedaba corto. Efectivamente, todos los asuntos humanos deben tener una proyección ética, que es muy superior a la estrictamente práctica. Es una proyección de más alto alcance, que supone una visión global de la vida, hasta entrar en el más allá.

Según esto, los comités que propugnaba Potter en los hospitales deberían contar, para completar la visión de una actuación, con la presencia de un ético, o de un moralista (los moralistas, en principio, asumen la ética y la ponen en conexión con la fe y la teología). O bien, lo cual sería más deseable, los mismos

médicos, enfermos, parientes, dirigentes de hospital, etc., deberían ser personas versadas en la ética o, mejor aún, personas éticas, que actúan éticamente.

Potter pretendía crear una ciencia para fijar unos criterios objetivos que pudieran ser aceptados por todos y facilitasen los acuerdos. Por ejemplo, se han fijado tres a tener en cuenta al examinar la actuación práctica de diversas personas en el proceso, que parecen acertados: 1) la benevolencia del médico; 2) la autonomía del enfermo; 3) la justicia, que alude a los gastos del hospital, las listas de espera, las necesidades de los enfermos, etc. Pero, a estos principios habría que añadir un cuarto, imprescindible: el respeto a la dignidad del hombre, de todo hombre, tanto la de los médicos, como de los cirujanos, las enfermeras, los enfermos, los jefes de hospital y de todos cuantos intervengan. Esta dignidad parece que está incluida en esos tres puntos pero no es así. Hay que añadirla. De este modo los criterios son éticos.

Para construir la ciencia bioética también se han propuesto otros tres criterios: 1) el utilitario y pragmático; 2) el contractual; 3) aquel que se sigue de los principios. Se han considerado excluyentes, pero más bien deberían estar integrados.

De todas maneras, hay una dificultad desde el punto de vista ético para crear una ciencia única, y es la siguiente: que previamente la ética debe aclararse como ciencia, lo cual supone que los éticos han de ponerse de acuerdo. Aunque el asunto es más complicado porque, en realidad, la ética no es una ciencia autónoma, sino que depende de la Filosofía. Con lo cual, el problema se amplía un poco más. Hay muchas filosofías en juego. De todas maneras, los autores que quieren llegar a un sincretismo, teniendo en cuenta aportaciones de muchos, no parece que acierten. El problema es, como siempre, buscar la verdad y el bien.

En este sentido, personalmente, soy optimista. En el Instituto Leonardo Polo coincidimos una serie de amigos que trabajamos teniendo en cuenta la aportación filosófica de don Leonardo. Desde ella, las ciencias en general -físicas, biológicas, etc-, las ciencias humanas, la antropología, quedan perfectamente conectadas y esclarecidas. Personalmente me ocupo de la ética, y debo decir que su punto de partida y sus puntos de llegada me parecen verdaderamente admirables y provechosos.